

---

## LIBRO OCTAVO.

---

### SUMARIO.

- I. Situación de la familia Médicis en Florencia.—II (1473). Desavenencias entre las familias Pazzi y Médicis.—III. Conjura de los Pazzi, en la cual entran el papa Sixto IV y el rey de Nápoles.—IV. Continúa el mismo asunto.—V. Organización de la conjura.—VI. Ejecución del complot. Julián de Médicis es muerto; Lorenzo se salva.—VII. El Arzobispo Salviati, al intentar apoderarse del Palacio, es preso y ahorcado.—VIII. Suerte que corren los demás conjurados.—IX. El peligro á que estuvo expuesto y el amor de los florentinos aumentan el poder de Lorenzo de Médicis. Fin que tuvieron los conjurados.—X. El Papa excomulga á Florencia y, aliado al rey de Nápoles, envía el ejército contra esta República. Lorenzo de Médicis habla á los ciudadanos reunidos en el Palacio.—XI. Los florentinos apelan al futuro Concilio. Solicitan la alianza de los venecianos.—XII. Los venecianos niegan la alianza. Empieza la guerra.—XIII. Desórdenes en Milán. Génova se rebela contra el duque de Milán.—XIV. Siendo ineficaces las tentativas de acuerdo, los florentinos combaten contra los ejércitos pontificio y napolitano, y los rechazan al territorio de Pisa.—XV. Invaden los dominios del Papa y derrotan sus tropas en Perusa (1479).—XVI.—Victoria del duque de Calabria contra los florentinos en Poggibónsi.—XVII. Lorenzo de Médicis determina ir á Nápoles para tratar la paz con el Rey.—XVIII. Luis Sforzá, apodado el Moro, y sus hermanos, son llamados á Milán. Va-

riaciones en el gobierno de aquel Estado.—XIX. Lorenzo de Médicis ajusta la paz con el rey de Nápoles, pero no asienten á ella el Papa y los venecianos.—XX. Los turcos asaltan y toman á Otranto (1480).—XXI. Los florentinos se reconcilian con el Papa.—XXII. Nuevos procedimientos de guerra en Italia. Discordia entre el marqués de Ferrara y los venecianos (1481).—XXIII. El rey de Nápoles y los florentinos atacan los Estados del Papa con daño de aquéllos.—XXIV. El rey de Nápoles, el duque de Milán, los florentinos y el Papa se alían contra los venecianos (1482).—XXV. Derrota de los venecianos en el Bondeno (1483).—XXVI. Se rompe la alianza (1484).—XXVII. Discordias entre los Colonnas y los Orsini.—XXVIII. Muerte de Sixto IV; elección de Inocencio VIII.—XXIX. Origen y estado del banco de San Jorge.—XXX. Guerra entre los florentinos y los genoveses por la ocupación de Sarzana.—XXXI. Rendición de Pietrasanta.—XXXII. Guerra entre el Papa y el rey de Nápoles por la posesión de la ciudad de Aquila (1485). Termina con la paz (1486).—XXXIII. Benévolo el Papa con los florentinos, á pesar de que hab'ian ayudado en la última guerra al rey de Nápoles, interviene como mediador entre ellos y los genoveses, pero infructuosamente. Los genoveses son derrotados por los florentinos; pierden á Sarzana y se entregan al duque de Milán (1487).—XXXIV. Bocolino de Oisimo entrega la ciudad al Papa. Jerónimo Riario, señor de Forli, muere víctima de una conjuración (1488).—XXXV. Galeotto Manfredi, señor de Faenza, es muerto por traición de su mujer, á quien expulsan los faentinos, recomendando el gobierno de la ciudad á los florentinos (1492).—XXXVI. Muerte de Lorenzo de Médicis. Su elogio.

I. Colocado el principio de este octavo libro entre dos conjuraciones, una ocurrida en Milán, que ya hemos referido, y la otra en Florencia, que vamos á narrar, sería conveniente, siguiendo nuestra costumbre, hablar de la índole de las conspiraciones y de su importancia; lo que haríamos de buen grado, de no haberlo hecho ya en otro sitio y si la materia pudiese ser tratada con breve-

dad. Pero siendo asunto que exige muchas consideraciones antes expuestas, nos referimos á lo dicho, y pasando á otro, diremos la situación de los Médicis en Florencia.

Victoriosa esta familia de todos sus enemigos declarados, para superar á las demás y ser la primera en el gobierno de la ciudad, necesitaba vencer á los que oculta-mente conspiraban contra ella; porque mientras los Médicis rivalizaban con otras familias en autoridad y crédito, los ciudadanos, envidiosos de su influencia, podían oponerse abiertamente á ellos, sin temor á los daños de su enemistad; pues, gozando de libertad los magistrados, ninguno de los partidos corría peligro, sino cuando era vencido.

Pero después de la victoria de 1476 adquirieron tanta autoridad los Médicis en el gobierno, que los descontentos estaban precisados á sufrir con paciencia aquel régimen ó á combatirlo por medio de secretas conjuraciones; y como éstas difícilmente logran buen éxito, las más veces ocasionan la ruina de los conjurados y el aumento de poder de aquel contra quien la conjuración se fragua. De aquí que siempre que el soberano de una ciudad es objeto de una conspiración, si no perece, como sucedió al duque de Milán, lo cual rara vez ocurre, resulta con mayor poder y, con frecuencia, de bueno se convierte en malo, porque la conspiración fracasada le infunde temor, el temor deseo de asegurar la vida, y para lograrlo, el empleo de la violencia, ocasionando los odios y muchas veces su pérdida. Resulta, pues, que las conspiraciones dañan primero á quien las fragua y de todas suertes con el tiempo, al que es objeto de ellas.

II (1478). Estaba Italia, según antes dijimos, dividida en dos grandes bandos. En uno de ellos el Papa

y el rey de Nápoles; en el otro los venecianos, el duque de Milán y los florentinos; y aunque no hubiera estado entre ambos la guerra, diariamente ocurrían motivos para comenzarla, procurando, sobre todo el Pontífice en todas sus empresas, perjudicar á los florentinos. Por ello, á la muerte de Felipe de Médicis, arzobispo de Pisa, el Papa, contra la voluntad de la Señoría de Florencia, nombró para reemplazarle en dicho arzobispado á Francisco Salviati, cuya enemistad con los Médicis era conocida; y, por no querer la Señoría darle posesión del cargo, mediaron nuevas ofensas entre el Papa y el gobierno florentino. Además, hacía el Pontífice en Roma grandes favores á la familia Pazzi, y todo los perjuicios que podía á la de Médicis.

Figuraba la familia Pazzi en Florencia por sus riquezas y noble origen entre las primeras, y jefe de ella era Jacobo, á quien el pueblo, por su fortuna y nacimiento, hizo caballero. No tenía éste más hijos que una hija natural, pero sí muchos sobrinos nacidos de sus hermanos Pedro y Antonio. Los principales de ellos eran Guillermo, Francisco, Renato y Juan, y después de éstos Andrés, Nicolás y Galeotto.

Cosme de Médicis, teniendo en cuenta la opulencia y fortuna de esta familia, había casado á su nieta Blanca con Guillermo, esperando que esta alianza sería lazo de unión de los Pazzi con los Médicis y prevendría enemistades y rencores que muchas veces nacen de simples sospechas. Pero sucedió lo contrario (¡tan inciertos y falaces son nuestros designios!) porque los que aconsejaban á Lorenzo de Médicis mostrábanle cuán peligroso y perjudicial para su autoridad era permitir que reunieran algunas familias el poder y la riqueza.

Por esto no se concedían á Jacobo Pazzi ni á sus sobrinos los honrosos cargos que, en opinión de sus conciudadanos, merecían. De aquí nació el primer rencor de los Pazzi y el primer temor de los Médicis y, creciendo aquél, justificaba el crecimiento de éste. De aquí también que los magistrados miraran mal á los Pazzi cuando concurrían á algún acto con los otros ciudadanos. El Consejo de los Ocho, estando Francisco Pazzi en Roma, por motivo insignificante y sin guardarle la consideración que se debe á los ciudadanos de importancia, le obligó á volver á Florencia. Los Pazzi quejábanse en todas partes con palabras ofensivas, las cuales aumentaban las sospechas y los rigores contra ellos de sus adversarios.

Juan de Pazzi estaba casado con la hija de Juan Buonromei, persona riquísima, cuyos bienes, por haber muerto, correspondían á su hija, que era única. A pesar de ello, su sobrino Carlos se apoderó de parte de aquellos bienes y, entablado el pleito, hizose una ley en virtud de la cual quedó privada de la herencia de su padre la mujer de Juan de Pazzi, concediéndosela á Carlos. Los Pazzi atribuyeron esta injusticia á los Médicis, y Julián de Médicis se quejó varias veces á su hermano Lorenzo diciéndole que temía lo perdieran todo por el deseo de tener demasiado.

III. Lorenzo de Médicis, en la fuerza de la edad, y lleno de ambición, quería entender de todos los asuntos y que en todo se reconociera su autoridad.

No pudiendo los Pazzi, tan opulentos y ricos, sufrir tantas ofensas, empezaron á meditar el modo de vengarse de los Médicis. El primero en hablar de ello fué Francisco, el más valiente y susceptible de todos ellos, tanto que determinó, ó adquirir lo que le faltaba

ó perder los que tenía. Por la manifiesta mala voluntad del gobierno florentino hacia él, vivía casi siempre en Roma, donde, según la costumbre de los comerciantes venecianos, acumulaba grandes riquezas. Era íntimo amigo del conde Jerónimo, y ambos se quejaban mutuamente de los Médicis, hasta el punto de llegar á convenir en que, para que el Conde pudiera vivir seguro en sus Estados, y Francisco de Pazzi en su ciudad, era necesario que cambiara el gobierno de Florencia, lo que no se podría conseguir sin la muerte de Julián y de Lorenzo de Médicis.

Creyeron que el Papa y el rey de Nápoles acogerían de buen grado el proyecto cuando les mostraran la facilidad de realizarlo. Conformes ya en su ejecución, comunicaron el intento á Francisco Salviati, arzobispo de Pisa, que, por ser ambicioso y haberle ofendido los Médicis poco tiempo antes, prometió voluntariamente su concurso y, discutiendo los tres sobre los medios de realizar fácilmente el propósito, acordaron atraer á la conjuración á Jacobo de Pazzi, sin el cual creían no poder realizar cosa alguna. Para conseguir esto fué Francisco de Pazzi á Florencia, quedando en Roma el Arzobispo y el Conde, á fin de tratar con el Papa, cuando fuera tiempo oportuno de comunicarle el proyecto.

Encontró Francisco á Jacobo más circunspecto y difícil de lo que esperaba; lo hizo saber en Roma, y creyóse que era preciso emplear persona de mayor autoridad para decidirle, por lo cual manifestaron el Arzobispo y el Conde todo el proyecto á Juan Bautista Montesecco, capitán á sueldo del Papa.

Era Montesecco muy reputado como militar, y estaba muy obligado al Conde y al Papa. Opinó, sin embargo,

que la cosa era difícil y expuesta, dificultad y peligro que el Arzobispo procuraba desvanecer, mostrando el auxilio que el Papa y el rey de Nápoles darían á la empresa, y además el odio que los florentinos tenían á los Médicis; el apoyo de los parientes que los Salviati y los Pazzi tenían dentro de Florencia; la facilidad de matar á los Médicis, que andaban por las calles de Florencia sin acompañamiento ni precaución alguna y, una vez muertos, la seguridad de cambiar el gobierno. Montesecco no creía nada de esto, porque á otros muchos florentinos les había oído hablar de distinta manera.

IV. Mientras se preparaba esta conjuración enfermó Carlos, Señor de Faenza, de tanto peligro, que se temió por su vida. Pareció entonces oportuno al Arzobispo y al Conde enviar á Montesecco á Florencia y de allí á la Romaña, bajo pretexto de que recobrará algunas posesiones del Conde que el Señor de Faenza había ocupado. Encargó el Conde á Montesecco que, al pasar por Florencia, hablara de parte suya con Lorenzo de Médicis, y le pidiera consejo sobre lo que debía hacer en la Romaña; que después hablase con Francisco de Pazzi y vieran los dos de qué modo podían meter en la conjuración á Jacobo de Pazzi. Para que, á este fin, alegara la voluntad del Papa, quiso que antes de su partida confesara Montesecco con el Pontífice, quien hizo las mayores ofertas que pudo en favor de la conjuración.

Llegó Montesecco á Florencia y habló con Lorenzo de Médicis, que le recibió cariñosamente, dándole sensatos y amistosos consejos, tanto, que Montesecco, admirado, creía encontrar un hombre distinto del que le habían dicho, al verle tan benévolo, prudente y amigo del Conde. Quiso, sin embargo, hablar con Francisco de

Pazzi y, no encontrándole, porque había ido á Luca, conversó con maese Jacobo, hallándole al principio muy ajeno á la conspiración; sin embargo, por la influencia que en el ánimo de Jacobo de Pazzi tuvo la autoridad del Papa, dijo á Montesecco, cuando iba á partir, que fuese á la Romaña y volviera; mientras tanto llegaría Francisco de Pazzi á Florencia y entonces tratarían del asunto.

Fué y volvió Montesecco, continuando con Lorenzo de Médicis el simulado trato sobre los asuntos del Conde. Después conferenció con Francisco y Jacobo de Pazzi, y tanto se esforzaron en convencer á éste, que al fin dió su adhesión al complot. Tratóse de la manera de ejecutarlo, y no parecía á Jacobo realizable mientras los dos hermanos Médicis estuvieran en Florencia, opinando que se debía esperar á que Lorenzo fuera á Roma, como decíase que iba á ir, y entonces ejecutar el proyecto.

Agradaba á Francisco de Pazzi que Lorenzo fuera á Roma; pero aseguraba que, si no iba, ambos hermanos podían ser muertos ó al celebrarse una boda, ó en el juego, ó en la iglesia. Y respecto á los auxilios exteriores, parecía que el Papa podía levantar sus tropas con pretexto de la empresa contra el castillo de Montone, teniendo justo motivo para quitárselo al conde Carlos Braccio, en castigo de los desórdenes que había causado en los territorios de Siena y de Perusa. No tomaron, sin embargo, otra determinación sino que Francisco de Pazzi y Montesecco fueran á Roma, y acordaran con el Conde y con el Papa lo que había de hacerse.

Tratóse de nuevo en Roma este asunto, y se acordó al fin que, resuelta la empresa contra Montone, Juan Francisco de Tolentino, general de las tropas pontificias,

fuese á la Romaña, y Lorenzo del Castillo á su tierra, y que cada cual de ellos tendrían dispuestas sus tropas y las del país para hacer lo que el arzobispo Salviati y Francisco de Pazzi les ordenaran. Estos, en unión de Montesecco, vinieron á Florencia para preparar todo lo necesario á la ejecución del complot, al cual prometió el rey de Nápoles, por medio de sus embajadores, algún auxilio.

Llegados á Florencia el Arzobispo y Francisco de Pazzi hicieron entrar en la conjuración á Jacobo, hijo de Poggio, joven instruido, ambicioso y aficionadísimo á novedades; á dos Jacobos Salviati, uno hermano y otro pariente del Arzobispo, y á Bernardo Bandini y Napoleón Franzesi, jóvenes atrevidos y sumamente obligados á la familia de los Pazzi. De los forasteros, además de los nombrados antes, intervinieron maese Antonio de Volterra y un sacerdote llamado Esteban, que en casa de Jacobo de Pazzi enseñaba la lengua latina á su hija.

Renato de Pazzi, hombre prudente y sensato, conoedor de los males que tales empresas ocasionan, no entró en la conjura, sino que, detestándola, contrarió su ejecución con los medios de que honradamente podía disponer.

V. El Papa había enviado á la universidad de Pisa para seguir estudios eclesiásticos á Rafael de Riario, sobrino del conde Jerónimo, y estando aún allí, le hizo cardenal (1). Creyeron conveniente los conjurados lle-

(1) Rafael de Riario era hijo de Valentina Riario, hermana del Papa Sixto IV, y recibió el capelo cardenalicio á la edad de diecisiete años. Dícese que, á consecuencia del susto que le produjo este atentado, quedó pálido toda su vida.

var este cardenal á Florencia, para que su llegada encubriera el complot, pudiendo ir en su comitiva ocultos los cómplices que necesitaban para realizarlo.

Vino el Cardenal y le recibió Jacobo de Pazzi en su quinta de Montughi, inmediata á Florencia. Los conjurados deseaban reunir, mediante el Cardenal, á Lorenzo y Julián de Médicis en un sitio, para asesinarles juntos. Acordaron que el Cardenal les convidara á su quinta de Fiésole; pero Julián, ó por casualidad ó intencionadamente, no fué. Fracasado este intento, creyeron que, si les convidaban en Florencia, necesariamente irían los dos. Dispuesto todo con este objeto, hicieron las invitaciones para el domingo 26 de Abril de 1478. Los conjurados deseaban matarles durante el festín, y toda la noche del sábado estuvieron disponiendo lo que debían hacer al día siguiente; pero, al llegar éste, dijeron á Francisco de Pazzi que Julián de Médicis no iría al convite. Los jefes de la conjura se reunieron de nuevo, y acordaron no diferir su ejecución por ser imposible guardar el secreto habiendo tantos cómplices. Convinieron, pues, dar el golpe en la iglesia catedral de Santa Reparata donde, por asistir á la función religiosa el Cardenal, irían, según costumbre, los dos Médicis.

Su deseo era que Juan Bautista Montesecco fuera quien asesinara á Lorenzo, y Francisco de Pazzi y Bernardo Bandini á Julián. Se negó Montesecco á hacerlo, ó por haber cobrado afecto á Lorenzo, á causa de sus amistosas y recientes relaciones con él ó por otra razón; pues dijo que no tendría jamás valor para cometer tal atentado en la iglesia, uniendo á la traición el sacrilegio. Esto fué el principio del fracaso de la empresa, porque, apremiando el tiempo, encargaron dar el golpe á An-

tonio de Volterra y al sacerdote Esteban, personas que por su naturaleza y costumbres eran, para tal efecto, imperitísimas, pues en ningún acto como éste se necesita más la intrepidez y serenidad y el desprecio de la vida, habiendo ocurrido muchas veces faltar el valor á hombres experimentados en la guerra y acostumbrados al derramamiento de sangre.

Tomado este acuerdo, convinieron en que la señal para la ejecución sería el momento de la comunión del sacerdote que celebraba la misa mayor en dicha iglesia, y que, al mismo tiempo, el arzobispo Salviati, con su gente y con Jacobo de Poggio ocupara el Palacio público, para que la Señoría, ó de buena voluntad, ó á la fuerza, una vez muertos los Médicis, les siguiera.

VI. Así dispuestas las cosas, fueron á la iglesia, donde ya habían llegado el Cardenal y Lorenzo de Médicis. La iglesia estaba llena de fieles y comenzada la misa, sin que hubiera aparecido aún Julián de Médicis, por lo cual Francisco de Pazzi y Bernardo Bandini, encargados de matarle, fueron á buscarle á su casa, y con ruegos y engaños le llevaron á la iglesia; siendo cosa digna de memoria que Francisco y Bernardo disimularan el odio y el propósito de muerte con tan inalterable tranquilidad, porque, al acompañarle á la iglesia, por el camino, y dentro de ella, le entretuvieron con bromas y dichos propios de la juventud. Francisco, con excusa de acariciarle, le estrechó con la mano y el brazo, para saber si llevaba coraza ó cualquier otra defensa.

Sabían Julián y Lorenzo de Médicis la malquerencia de los Pazzi contra ellos y que deseaban privarles de la autoridad que gozaban en la gobernación del Estado; pero no temían por su vida, creyendo que, cuando los

Pazzi intentarían algo, no tratarían de conseguirlo por medios tan violentos. No inspirándoles cuidado la propia conservación, hasta fingían ser sus amigos.

Dispuestos los asesinos, los colocados junto á Lorenzo podían permanecer allí sin infundir sospechas, por la multitud que llenaba el templo; los otros estaban junto á Julián. En el momento convenido, Bernardo Bandini, con el puñal que llevaba dispuesto, atravesó el pecho á Julián de Médicis, que dió algunos pasos y cayó en tierra. Arrojóse sobre él Francisco de Pazzi, y le acribilló á puñaladas, con tan ciega rabia, que él mismo se hirió gravemente en una pierna.

Antonio de Volterra y Esteban acometieron á Lorenzo, dirigiéndole varios golpes; pero sólo le causaron una ligera herida en el cuello, porque, ó su negligencia, ó el valor de Lorenzo, que se defendió con sus armas al verse atacado, ó el auxilio de los que estaban cerca, hicieron fracasar los esfuerzos de los asesinos, que, asustados, huyeron y se escondieron; pero, encontrados después, sufrieron muerte ignominiosa, siendo arrastrados por toda la ciudad.

Lorenzo, con algunos amigos que le rodeaban, se encerró en la sacristía de la iglesia. Bernardo Bandini, después de matar á Julián, mató también á Francisco Nori, íntimo amigo de los Médicis, ó por antiguo odio que le inspirase, ó porque había querido socorrer á Julián. No contento con estos dos homicidios, corrió en busca de Lorenzo, para hacer con valor y prontitud lo que, por torpeza y cobardía, no habían hecho los otros; pero, encerrado ya aquél en la sacristía, fueron vanos sus intentos.

En medio de estos graves sucesos, del tumulto y del

ruido tan grande, que parecía se arruinaba la iglesia, el Cardenal se refugió junto al altar, salvándole los sacerdotes, no sin trabajo. La Señoría, cesado el motín, pudo llevarle á su Palacio, donde estuvo muy alarmado hasta que le pusieron en libertad.

VII. Vivían entonces en Florencia algunos perusinos expulsados de su ciudad por el partido dominante, y entraron en la conspiración porque los Pazzi les prometieron conseguir que volvieran á su patria. Llevóles consigo el arzobispo Salviati al ir para ocupar el Palacio con sus parientes y amigos, y Jacobo, hijo de Poggio.

Al llegar al Palacio, dejó en la planta baja algunos de los suyos, con orden de que, al oír ruido, ocuparan la puerta. Él, con la mayoría de los perusinos, subió, y supo que los Señores estaban comiendo, porque ya era tarde; pero al poco tiempo fué recibido por César Petrucci, Confaloniero de justicia. Entró con pocos de los que le acompañaban, quedando los demás fuera, y casi todos éstos se encerraron, sin quererlo, en la Cancillería, porque la puerta de ella estaba hecha de modo que, cerrada, no se podía abrir sin llave ni por dentro ni por fuera.

El Arzobispo, entretanto, entró en las habitaciones del Confaloniero con pretexto de referirle algunas cosas de parte del Papa, y empezó á hablar con voz turbada, pronunciando frases entrecortadas y sin orden. La alteración de su semblante y lo incoherente de sus palabras engendraron en el Confaloniero tales sospechas, que de pronto salió gritando de la estancia y hallando á Jacobo de Poggio, le cogió por los cabellos y le puso en manos de sus subalternos.

Producida la alarma entre los Señores, cada cual se

armó con lo que encontró á mano. Los que habian subido con el Arzobispo, encerrados unos y asustados otros, todos fueron muertos ó arrojados vivos por las ventanas del Palacio, siendo ahorcados el Arzobispo, los dos Jacobo Salviati y Jacobo de Poggio. Los que quedaron en la planta baja, después de forzar la guardia y la puerta, la ocuparon toda ella, de modo que los ciudadanos que, al saber el motín, acudían al Palacio, ni con las armas, ni con los consejos podían auxiliar á la Señoría.

VIII. Francisco de Pazzi y Bernardo Bandini, viendo á Lorenzo de Médicis seguro, y estando uno de ellos, en quien más confianza tenían los conjurados, herido gravemente, se asustaron.

Bernardo, tan sereno en meditar su salvación como lo había estado en realizar el complot, juzgó la cosa perdida y apeló á la fuga. Francisco de Pazzi, al volver á su casa herido, probó á montar á caballo, porque lo convenido era rodear la ciudad con gente armada y llamar al pueblo á las armas para que proclamase la libertad; pero no pudo, á causa de la profundidad de la herida y de la sangre que había perdido, por lo cual, quitándose el traje, se echó en la cama desnudo, y rogó á maese Jacobo que hiciera lo que no podía hacer él.

Maese Jacobo, aunque viejo y sin práctica de estos asuntos, para hacer la última tentativa en pro de la conjuración, salió á caballo con unos cien hombres armados, que estaban dispuestos de antemano, y fué á la plaza del Palacio, llamando en su ayuda al pueblo y proclamando la libertad; pero como la fortuna y liberalidad de los Médicis habían hecho al pueblo sordo, y la libertad no era conocida en Florencia, nadie le respondía, y los que dominaban en la parte alta del palacio de la Señoría le

recibieron á pedradas y le asustaron á fuerza de amenazas.

Dudando lo que haría, le encontró su cuñado Juan Serristori quien, después de reprenderle por el escándalo promovido, le aconsejó volviera á su casa, que asegurándole que el amor al pueblo y á la libertad lo tenían en el corazón, como él, los demás ciudadanos. Privado de toda esperanza Jacobo de Pazzi, porque el palacio de la Señoría estaba en poder de los enemigos, Lorenzo de Médicis vivo, Francisco de Pazzi herido, y sin ninguno que le siguiera, determinó salvar la vida, si podía, fugándose, y salió de Florencia con la gente que había llevado á la plaza, para ir á la Romaña.

IX. Entretanto, toda la ciudad estaba en armas, y Lorenzo de Médicis, acompañado de muchos hombres armados, fué á su casa. El pueblo había recobrado el Palacio de la Señoría, quedando presos ó muertos los que al principio lo ocuparon, y por toda la ciudad se aclamaba á los Médicis. Los miembros de los muertos, ó los llevaban clavados en picas ó arrastrados por las calles, persiguiendo todos á los Pazzi con iracundas frases ó cruelísimos actos.

Ocupadas sus casas por el pueblo, Francisco de Pazzi, desnudo como le encontraron, fué sacado de la suya y conducido al Palacio de la Señoría, ahorcándole al lado del Arzobispo y de los otros ejecutados. Imposible fué hacerle hablar cosa alguna, á pesar de las injurias que le dijeron ó hicieron durante el camino y después. Fija su mirada en los que le rodeaban, suspiraba en silencio.

Guillermo de Pazzi, cuñado de Lorenzo de Médicis, se salvó en casa de éste, porque era inocente y por los esfuerzos de su mujer Blanca de Médicis.



No hubo ciudadano que, armado ó desarmado, no fuera á casa de Lorenzo en aquel trance, ofreciéndole todos sus vidas y haciendas. ¡ Tanto era el poder y el cariño que la Casa de Médicis había conquistado por su prudencia y liberalidad!

Renato de Pazzi se fué antes del atentado á su quinta en el campo y, al saber lo ocurrido, quiso huir disfrazado; pero descubierto y preso en el camino, le llevaron á Florencia.

Maese Jacobo fué también preso al pasar los Alpes, porque sabían ya aquellos habitantes lo ocurrido en Florencia, y le detuvieron, llevándole á esta ciudad, sin conseguir, á pesar de sus ruegos, que le mataran en el camino.

Cuatro días después del complot, maese Jacobo y Renato fueron juzgados y muertos.

De todas las muertes hechas en aquellos días, tantas que las calles estaban llenas de miembros humanos, la única que inspiró compasión fué la de Renato, porque tenía fama de hombre prudente y bueno y desprovisto de la soberbia que censuraban en los demás individuos de su familia.

Para que en estos sucesos no faltara un ejemplo extraordinario, maese Jacobo fué primero enterrado en la sepultura de su familia; sacado después de allí, por haber muerto excomulgado, y enterrado junto á las murallas de la ciudad; sacado también de aquí, le arrastraron por toda la ciudad, desnudo, con la misma cuerda que había servido para ahorcarle y, no habiendo encontrado en la tierra sitio para su sepultura, los mismos que le arrastraban le arrojaron al río Arno, que llevaba las aguas muy crecidas. Ejemplo verdaderamente nota-

ble de la fortuna, que un hombre tan rico y de tan elevada posición cayera en tanta desdicha y en tan desastroso vilipendio.

Culpábase de algunos vicios, entre ellos el del juego y la costumbre de blasfemar como el hombre más perdido; vicios que compensaba dando numerosas limosnas, porque á muchos necesitados les socorría espléndidamente. También puede decirse en su favor que el sábado anterior á aquel domingo en que se cometieron tantos homicidios, para que ningún otro sufriera las consecuencias de su mala fortuna, pagó todas sus deudas, y cuantas mercancías tenía en la aduana y en su casa, de ajena pertenencia, con maravillosa solícitud las consignó á sus dueños.

A Juan Bautista de Montesecco, después de largo proceso, le cortaron la cabeza. Napoleón Franzesi se libró, con la fuga, del suplicio. A Guillermo de Pazzi le confinaron, y á sus primos que quedaron vivos les encerraron en los calabozos del castillo de Volterra.

Terminado el desorden y castigados los conspiradores, celebráronse las exequias de Julián de Médicis, que hicieron derramar lágrimas á todos los ciudadanos, porque era tan humano y liberal como pudiera desearse en persona de su elevada posición. Dejó un hijo natural, nacido pocos meses después de su muerte, que se llamó Julio, cuyo mérito y grandeza todo el mundo conoce en la actualidad, y de quien hablaremos extensamente, si Dios nos da vida, en la continuación de esta historia (1).

Las tropas reunidas á las órdenes de Lorenzo del

(1) Alude á Julio de Médicis que fué papa con el nombre de Clemente VII, y á quien dedica Maquiavelo la presente historia.